

SAN ATANASIO, *Vida de san Antonio*

20, 1. Una vez que hemos comenzado y emprendido el camino de la virtud espiritual, esforcémonos más por alcanzarla; y que nadie vuelva hacia atrás con dicho: «Nadie que pone su mano en el arado y se vuelve hacia atrás, es apto para el Reino de los cielos» (Lc 9,62). 2. Volverse atrás no significa otra cosa que arrepentirse y considerar una vez más las cosas mundanas. No tengáis miedo al oír hablar de la virtud ni os sorprenda su nombre. 3. Pues no está lejos de nosotros, ni es algo que se encuentra fuera de nosotros; la obra está dentro de nosotros y es fácil llevarla a cabo solo con que queramos. 4. Los griegos abandonan su patria y atraviesan el mar para aprender las letras; nosotros, en cambio, no tenemos necesidad de viajar para alcanzar el Reino de los cielos ni de atravesar el mar para alcanzar la virtud. El señor se anticipó y dijo: «El Reino de los cielos está dentro de nosotros» (Lc 17,21). 5. Por tanto, la virtud nace cuando el alma posee, en armonía natural, si permanece como fue creada; y fue creada bella y recta en gran manera. Por eso Josué, hijo de Navé, decía al pueblo exhortándolo: «Volved vuestros corazones hacia el Señor, Dios de Israel» (Js 24,21). 7. Y Juan Bautista decía: «Enderezad vuestras sendas» (Mt 3,3). El alma es recta cuando tiene su facultad racional en armonía natural, como fue creada. Por el contrario, cuando se desvía y se aleja de su armonía natural, entonces se dice perversidad del alma. 8. No es, por tanto, algo difícil. Si permanecemos como hemos sido creados, vivimos en la virtud, pero pensamos cosas perversas, somos juzgados como malvados. 9. Si tuviéramos que buscar la virtud fuera de nosotros, sería algo verdaderamente difícil. Si está en nosotros, guardémonos de los pensamientos impuros y, como si hubiéramos recibido un depósito, conservemos nuestra alma para el Señor, para que Él reconozca su obra, estando su alma tal como la creó.

21, 1. Luchemos por no ser dominados por la ira ni poseídos por la concupiscencia. Pues está escrito que «la ira del hombre no obra la justicia de Dios» (Sant 1,20), y también: «La concupiscencia, cuando ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, una vez consumado, engendra la muerte» (Sant 1,15). 2. Viviendo de esta manera, seamos firmemente sobrios y, como está escrito, «custodiemos con todo cuidado nuestro corazón» (Pr 4,23). Pues tenemos enemigos terribles y astutos, los malvados demonios. 3. Contra estos tenemos que luchar, como dijo el santo apóstol, «no contra la carne ni la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los Dominadores de la tinieblas de este mundo, contra los Espíritus del mal que están en las regiones celestes» (Ef 6,12). 4. Numerosas es su multitud en el aire que nos rodea, y no están lejos de nosotros. Entre ellos grande en su variedad. 5. El discurso sobre su naturaleza y variedad sería largo y corresponde exponerlo a otros mayores que nosotros. Lo que nos apremia y nos es necesario, es solamente conocer las astucias que obran contra nosotros.

34, 1. No se debe dar importancia a estas cosas, ni practicar la ascesis ni esforzarnos, para conocer el futuro, sino para agradar perfectamente a Dios. Conviene orar no para predecir el futuro, ni exigirlo como recompensa por nuestra ascesis, sino para que el Señor nos ayude a vencer al diablo. 2. Pero si alguna vez nos conviene conocer el futuro, purifiquemos nuestra mente; pues yo creo que un alma totalmente purificada y en armonía natural, puede percibir y ver mucho más que los demonios, teniendo al Señor como revelador de los acontecimientos. 3. Tal era el alma de Eliseo que veía de lejos los actos de Guejazi y las potencias que estaban a su alrededor (cf. 2 Re 6,17).

44, 1. Todos gozaban al oír las palabras de Antonio. En unos crecía el deseo de la virtud; en otros la indolencia quedaba enardecida; en otros la presunción era reprimida. Todos se decidieron a despreciar las astucias de los demonios, y admiraban la gracia que el Señor concedió a Antonio para discernir los espíritus. 2. Las moradas de los monjes en los montes eran como tiendas llenas de coros divinos, donde cantaban salmos, leían la Escritura, ayunaban, rezaban, se regocijaban en la esperanza de los bienes futuros, trabajaban para poder hacer limosnas, vivían en amor y concordia recíprocos. 3. Se podía ver verdaderamente como una región consagrada al culto de Dios y a la justicia. 4. Nadie había allí que sufriera injusticia ni molestado por los que exigen los tributos, sino que solo había una multitud de ascetas que tenían como única preocupación la virtud...

47, 1. Cuando cesó la persecución y el bienaventurado obispo Pedro sufrió el martirio, Antonio volvió a su morada. Y allí vivía día tras día un martirio interior, combatiendo las batallas de la fe, y practicaba la ascesis con una intensidad cada vez mayor. 2. Ayunaba siempre; su vestido era por dentro de tela de saco y por fuera de piel que usó hasta el final de su vida. No baño su cuerpo para limpiarlo, no se lavó los pies, no el agua los tocó a no ser por necesidad. 3. Nadie jamás lo vio desnudo, nadie vio el cuerpo de Antonio desnudo, hasta que tras su muerte fue amortajado.

55, 1. Algunos días después regresó a la montaña, Enseguida muchos comenzaron a ir junto a él, y otros, enfermos, se atrevieron a acudir. 2. A todos los monjes que iban a visitarlo, les daba continuamente estos consejos: creer en el Señor, amarlo, guardarse de todo pensamiento impuro y de los placeres de la carne, y como está escrito en los Proverbios: «No os dejéis seducir por la saciedad del vientre». 3. Huir de la vanagloria y orar continuamente, recitar salmos antes y

después de dormir, meditar los preceptos de las Escrituras y recordar las obras de los santos, para que el alma se conforme a su celo, recordando los mandamientos. 4. Les aconsejaba meditar continuamente la palabra del Apóstol; «Que el sol no se ponga sobre vuestra ira» (Ef 4,26). 7. Todos los días cada uno debe llevar cuenta de los actos del día y de la noche. Si ha pecado, deje de pecar; pero si no ha pecado, no se gloríe sino que persevere en el bien sin negligencia, y no condene a su prójimo no se justifique a sí mismo, como dijo el bienaventurado apóstol Pablo: Hasta que venga el Señor que escrutará las cosas ocultas. 8. A menudo, no somos conscientes de nuestras acciones. Nosotros no lo sabemos, pero el Señor conoce todo. Dejándole a Él el juicio, debemos compadecernos y llevar mutuamente las cargas. Examinémonos constantemente, u forcémonos por alcanzar lo que nos falta...

(Traducción de Paloma Rupérez Granados)